

Hamit Bozarslan
Histoire de la Turquie. De l'empire à nos jours
Paris: Tallandier, 2013

El libro del historiador y sociólogo kurdo-francés Hamit Bozarslan arranca identificando un juego de espejos a través del que se han construido y representado Turquía y Europa. Según Bozarslan, desde el principio del siglo XIX hasta los finales del XX, el Imperio otomano y –después– Turquía vivirían “rigiéndose por la hora europea”, e interpretarían sus circunstancias “según una gramática política, ‘civilizacional’ e histórica europea”. Europa “formaba parte de la ‘historia nacional’ como modelo y cincel, fuente de las Luces y mundo crepuscular, horizonte de expectativas y sepulturero de la turquedad.” Por otra parte, Bozarslan resalta el carácter mutuo de esta fascinación, ya que “Turquía no deja indiferente a Europa”, sea “como el ‘Gran Turco’ o el ‘Enfermo de Europa’, asociado al ‘Oriente inerte’ o a la ‘modernidad en la tierra de Islam’, al que uno rechaza por ‘antieuropeo’ o lo integra como ‘europeo en potencia’.”

Partiendo de esta reflexión, Bozarslan plantea una síntesis valiente de la historia otomano-turca, basándose en el trabajo de varias generaciones de investigadores. Además de rendir homenaje a los grandes maestros de la historiografía otomanista (Paul Wittek, Halil İnalcık, Bernard Lewis, Ömer Lütfü Barkan, Niyazi Berkes, François Georgeon, Suraiya Faroqhi), en cuya obra su relato se apoya sustancialmente, Bozarslan reivindica en su obra una dimensión implícita y explícitamente comparativa y croisée, declarando leer la historia otomano-turca “a partir de tensiones, transversalidades y complementariedades con otras experiencias históricas, particularmente las europeas”. Pero en primer lugar, el autor opta decididamente por enmarcar su historia en la sociología histórica de la que destaca su doble ventaja: mientras la historia le permite “captar tanto las dinámicas de larga duración (‘formación de un campo religioso’, ‘autonomía del Estado’, ‘sacralización y desacralización del poder’...), como las referencias cronológicas definidas debidamente en sus contextos”, la sociología “explica estas mismas dinámicas y referencias gracias a un conjunto de instrumentos teóricos y analíticos (‘Estado y sociedad’, ‘transmisiones y rupturas intergeneracionales’, ‘contrato tácito’, ‘coerción y redistribución’...).”

El libro de Bozarslan es fruto de una aguda capacidad de reflexión apoyada en una gran erudición. Toda obra que aspire a tratar un periodo tan largo de tiempo

como los aproximadamente siete siglos que cubre el libro de Bozarslan, se enfrenta a la necesidad de elegir constantemente qué incluir y qué excluir. En primer lugar, Bozarslan opta por centrarse en las dinámicas del poder central: lo que el autor denomina “el Estado” independientemente de la época analizada es una constante en su narrativa. Su análisis deja en evidencia el papel de la violencia y de la negociación continua a la hora de construir, consolidar y adaptar las estructuras de control gubernativo a lo largo de los siglos, sin obviar la cuestión de la legitimidad de los distintos poderes en el contexto otomano-turco. El enfoque sociológico permite al autor captar y explicar ciertas pautas y dinámicas del poder y facilitar a los lectores una comparación implícita y explícita con otros contextos geo-culturales y con otras épocas, incluido el presente turco. De hecho, a lo largo del recorrido histórico que hace el libro, se aprecia el ímpetu de preparar el terreno para una reflexión sobre las continuidades y rupturas entre el pasado y presente turco, una apuesta legítima que, sin embargo, conlleva ciertos peligros. Así, por ejemplo, los historiadores sensibles a la historia de los conceptos o los expertos en las redes de poder en las épocas medieval y moderna podrían reprochar al autor que su uso de la categoría analítica “el Estado” contribuye a generar una sensación de continuidad más que confrontar al lector a la diferencia radical de las maneras de entender y ejercer el poder en distintas épocas históricas.

En segundo lugar, la pluralidad etno-religiosa que durante siglos caracterizó los dominios otomanos y que no ha dejado de representar un aspecto fundamental, aunque conflictivo, del panorama socio-político turco, aparece como otro hilo conductor del libro. La religión en sus múltiples formas y manifestaciones, las identidades étnicas y nacionales en proceso de redefinición, pero también la diversidad entre las élites otomanas y turcas son tratadas de forma continua a lo largo del libro. Ambos grandes temas a menudo se unen en el análisis de cómo el Estado gestiona la pluralidad y como se relacionan las distintas fuerzas y comunidades con el poder central, cuándo se emplea la violencia y cuándo se desarrollan otras formas de acción y negociación, bajo qué circunstancias la hegemonía significa jerarquía, uniformización o aniquilación, etc.

Tal como reconoce el mismo autor, algunas grandes facetas de la historia quedan necesariamente en el segundo plano. La economía, la geopolítica y, en menor medida, la vida cotidiana han sido las principales áreas de interés de numerosas obras que han representado un hito en la historiografía del Imperio Otomano y de la República de Turquía.

La obra de Bozarslan conscientemente opta por dotar a estas áreas de una presencia reducida en la narrativa que el autor construye, para poder centrarse en las cuestiones principales de su propia lectura de la historia otomano-turca.

En mi opinión, la síntesis de Bozarslan resulta particularmente estimulante para los que se interesan por la historia contemporánea, las partes dedicadas a las épocas medieval y moderna se leen más bien como un resumen atractivo y eficaz de las obras de los clásicos de la historia política otomana (con menos énfasis de lo habitual en las relaciones internacionales), aunque Bozarslan siempre incluye alguna observación lúcida sobre sus grandes temas de investigación, como la violencia o las comunidades etno-religiosas. No obstante, lo más interesante, polémico y original aprecia en su análisis del siglo XX y la actualidad: el autor no pasa de puntillas cuestiones controvertidas como el genocidio armenio, el personaje de Mustafa Kemal Atatürk, la cuestión kurda o las políticas del actual partido gobernante, el Partido de Justicia y Desarrollo (AKP), y su líder Recep Tayyip Erdoğan, sino que aporta su interpretación audaz y original, apoyada en fuentes secundarias y primarias. Su afán de examinar el ejercicio y la legitimación del poder político, la coacción y la creación de consenso o la construcción y redefinición de las identidades, sin que la perspectiva de larga duración le impida alcanzar una gran profundidad de análisis, enlaza, en mi opinión, con su preocupación a la vez académica y ciudadana por la pluralidad y la democracia en Turquía actual.

El libro incluye unos anejos sumamente prácticos: una tabla cronológica que pone en paralelo los acontecimientos en el Imperio otomano/Turquía, en El Oriente Próximo/Mundo islámico y en Europa y el mundo; unas notas bibliográficas selectas; unas entradas breves en orden alfabético que proporcionan la información básica sobre los partidos, organizaciones y corrientes políticas más importantes; un glosario y una selección bibliográfica útil para los que quieran profundizar en distintos aspectos de la historia otomano-turca.

Darina Martykánová

CSIC